

DÍA 1 (NÁQUERA, MEDIADOS DE JULIO DE 2018)

Me he levantado más temprano de lo habitual. He salido a la terraza y he desayunado fuerte. Café con leche, tostadas con aceite de oliva y miel, cereales, algo de fruta... Tras la baranda verde, docenas de pinos se encienden con las primeras luces. Sobre sus copas, legiones de chicharras aguardan el momento de iniciar su algarabía coral, a eso de las ocho. Ya estoy, como cada verano, en mi casa de Náquera, pero a diferencia de otros años, me esperan días con mucha actividad. Unas ventas imprevistas han dejado medio coja la serie de cuadros que tenía preparada para un exposición en otoño y eso me obliga a pintar algunos nuevos durante estos meses.

Había imaginado una temporada de lectura y descanso, pero las circunstancias me obligan a cambiar de planes. Me he traído cuatro lienzos grandes y algunos cartones pequeños para probar suerte con ellos. Los he desembarcado, junto a los otros útiles de pintura en el garaje de la casa, donde este verano no podrán refugiarse los coches para protegerse del sol. No me parece mal. Conviene agradecer que la vida nos con-

traríe y de vez en cuando nos obligue a bracear contra corriente. Esa es una buena forma de mantener el tono y la tensión. ¿Cuántas veces se nos han torcido los planes y hemos descubierto algo mejor que lo previsto? Bueno, eso es al menos lo que prefiero pensar ahora. Lo importante es que la ilusión siga, se renueve como se renueva, para seguir danzando de su mano en la pista de baile de la acción.

La acción nos salva de muchas borrascas interiores, y más a quienes propendemos al enfrascamiento meditativo. No se piensa igual cuando, a la vez, se está haciendo algo. Creo que se piensa mejor cuando se camina o cuando el pensar se acompasa a alguna acción. Escribir palabras, por ejemplo. O mover los pinceles sobre el lienzo o la paleta.

A fin de cuentas, me digo, muchos aficionados a la pintura aprovechan las vacaciones para pintar y, aunque mi caso no es ese, he de hacer lo posible por impedir que todo esto se convierta en un trabajo.

Por otra parte, empezar nuevas pinturas es siempre una experiencia gozosa y la euforia del comienzo se parece mucho a una obertura musical plétórica de expectativas. ¿Cómo sostenerla? A veces pienso que conviene comenzar con menos ímpetu, con más calma, con algo de reserva o usura; otras veces creo que lo que va por delante va por delante...

Si dibujásemos las subidas y bajadas del ánimo creativo nos saldría algo semejante al perfil de una cordi-

llera alpina. Uno pasa de creer con entusiasmo en lo que hace a pensar que es una mierda y que más le valdría dedicarse a otra cosa. Esas subidas y bajadas exigen mucha flexibilidad si no quiere romperse uno por dentro y, aun así, son una molestia considerable. Pero no puede prescindirse de esto, el alpinismo y sus desniveles forman parte de este extraño negocio, o lo que sea.

Me pregunto si hay pintores que creen siempre y sin dudar en el valor de lo que hacen, y me pregunto si esa creencia les permite ser más seguros y mejores, o si les resta el sentido crítico que ayuda a mejorar. En cualquier caso, ese no es mi problema y en esto no cabe elección. A mí no me queda otra que agradecer la gimnasia que supone subir y bajar, acercarme y alejarme, creer y descreer, ilusionarme y desilusionarme. Es cansado, pero es así. Y así está bien: de las crestas a las simas y de las simas a las crestas.

Un buen desayuno ayuda. Café con leche, tostadas con aceite y miel, cereales, algo de fruta... Cuántos desfallecimientos y malestares del alma nos ahorraríamos con una buena alimentación. La avena forma parte de la mía, desde hace años. Y me alegra verla ahora, cuando salgo a caminar por los campos, bailando bajo el sol y a punto de explotar.

* * *

Blanco, amarillo, ocre, sienas, rojos, carmín, tierras, sombras, verdes, azules, violeta y negro. Disponer los

óleos sobre la paleta de madera es un ritual que señala el inicio de la acción. Lo mismo que calzarse los zapatos de pintar. Los pies comprenden, sin mediación de palabras, que van a estar de pie durante horas, danzando delante de un gran lienzo, acercándose y alejándose, recorriendo tal vez quilómetros en un radio de unos pocos metros.

La ordenación de los colores sobre la paleta obedece a una especie de selección natural que se decanta en el tiempo y responde al temperamento del pintor. Cada color debe ocupar siempre la misma posición, para que la mano se mueva sin tener que pensar, para que sus recorridos se automaticen intuitivamente y sean más eficaces en la búsqueda del tono, una tarea que, en ocasiones, exige una precisión milimétrica.

Junto a la paleta hay pinceles nuevos y alguna espátula resplandeciente. Pero predomina entre el instrumental lo viejo y lo raído, brochas y pinceles despeluchados, tarjetas de crédito inservibles, tubos retorcidos, trapos y hasta un rollo de papel higiénico. No deja de asombrarse uno ante la precariedad de algunas herramientas que concurren en este oficio. Como si la práctica de la pintura prefiriese ambientes desaliñados y andrajosos para que seamos capaces de apreciar, por contraste, las flores que de vez en cuando nacen en algunos estercoleros.

Riego no ha de faltar. Me propongo pasar aquí, con la pintura, varias horas al día durante los próximos meses. Pongo ya la primera piedra.